

María volvía de un baile que todavía no se había acabado. Y esta ex-hermosa había perdonado con gusto el *cotillón*, porque... ¡da pena el decirlo! aquella noche... ¡no la habían celebrado!

Si una madre pudiera sentir tener hijos, María hubiera sentido aquella noche con toda su alma haber dado á luz su último vástago, un hermosísimo *rejetón* que en aquella misma noche cumplía cuatro meses.

¡Ay! Es que en aquellos cuatro meses María, (y perdóneme el lector que lo diga en voz muy baja, porque esto es peligroso); María, que tenía ya *treinta y nueve años*, había sufrido en el *sobreparto* (palabra *cursi*, ordinaria y de malísimo tono), todo género de dolores y toda clase de quebrantos.

¡Pero venció!

La naturaleza es fuerte, la voluntad poderosa, la impaciencia devoradora, y acabada la convalecencia, María ¡oh dicha! recibió una tarjeta grande, cartón Bristol, en la que se leían estas palabras.

*Los marqueses de***
agradecerán á VV. les acompañen
á tomar el té en la noche del jueves
á las nueve.*

El té era, como siempre, el pretexto para el baile. El té es el procurador general de todas

las diversiones nocturnas. ¡Oh, té! Yo te saludo.
¡*Saludamus* té!

María sabía muy bien (esto no se ignora nunca) que el último *accouchement* (y lo digo en francas para que parezca más bonito) la había *estropeado*, según decían sus amigas á espaldas de ella, ó la había *variado un poco*, según decía ella misma.

Pero el arte ha logrado imitar de tal manera á la naturaleza, que María se sonrió al leer la invitación, y pensó (lo sé de seguro):

—¡Esta noche volveré á ser la misma de siempre!

Cuatro horas duró la *toilette* de mi querida amiga.

Acabó de comer á las ocho, se precipitó en su *boudoir* como el soldado que al oír el punto de atención se precipita en la tienda y busca apresuradamente sus armas para salir á formar sin momento... Eran las doce y media cuando volvía á salir, hermosa, deslumbradora, *espléndida*, digna del primer premio en la exposición de pinturas.

Su marido... (¿no habíamos hablado de su marido?) su marido había vuelto del Ministerio á las cinco; había jugado con los niños por los pasillos de la casa hasta las seis y media; se había sentado á comer á las siete; había tomado el café á las ocho, y estaba vestido á las nueve.

El pantalón le estaba un poco corto; el frac te-

nía varias arrugas; la pechera parecía una joroba; el cuello de la camisa estaba un si es no es desfilachado, y la corbata blanca lucía hacia la izquierda; pero la verdad es que aquel hombre se había vestido de prisa y tenía los guantes puestos, que eran, por cierto, un poco grandes. No tuvo que peinarse, porque era calvo á todo lujo. Esperaba, y esperaba sentado.

Sentado en un diván debajo de un gran cuadro al óleo de San Jerónimo en oración, puesta una pierna sobre otra, las dos manos cruzadas abrazando la pierna de encima, y la cabeza caída hacia atrás y recostado sobre el almohadón del respaldo, el marido miraba al techo y pensaba.

—¿A qué hora pensará salir ésta?

Salió, por fin, ÉSTA; y el marido... no es, lector, se ha equivocado usted; ¿creyó usted que el marido se quedó aterrado, confundido, ante aquellos hombros desnudos, que no tuvo Friné, ante aquella espalda mórbida que no tuvo Ninón, ante aquellos brazos que Aspasia habría envidiado de seguro? ¿Cree usted que el marido le dijo á su mujer el primer elogio de la noche? ¡No! Yo soy imparcial; no dijo más que estas palabras:

—¡Gracias á Dios! ¡Vamos, anda, anda!

Y los criados que iban alzando *portières* bajo los cuales iba pasando María como una sombra, como una aparición de la noche, dejando oír el *frou-frou* del crujiente raso, mientras el marido

metía á duras penas los brazos por las mangas de un gabán peludo, murmuraban con cierta amargura de que no están exentos los corazones de las fregatices y de los lacayos:

—¡Qué ajada está!

—¡Qué variada!

—¡Qué *otra!*

—¡Cómo se ha pintado!

Eran, como ya dije, las doce y media. A las dos ya el matrimonio estaba de vuelta en casa.

El marido se desnudó en cinco minutos, se ató un pañuelo de seda á la cabeza, y así, vestido de valenciano, se metió en la cama y se quedó dormido.

Roncaba. ¡Ah, señor mío!

María, ya os lo he dicho al comenzar, arrojó con rabia todos aquellos adornos, se miró al espejó, sentóse en una butaca, pasó una hora mirando al suelo... ¡y lloró!

Y era un extraño concierto, una música rara la que formaban entremezclados los sollozos y los ronquidos.

Por fin, María se rindió al sueño. Se acostó y durmió. El sueño es un excelente amigo que nos consuela de muchas penas... cuando no se permite el placer de renovárnoslas con ensueños molestos.

II

Pero aunque María se durmió, no se durmió del todo.

Mejor dicho, había en ella algo que no dormía...

En aquella cabeza que hundida en la almohada descansaba de los recuerdos nefandos de la *soirée*, mantenían triste diálogo *sotto voce*, un diente temblón, un ojo entornado y un cabello inseguro.

Era aquella una escena que en mi calidad de autor dramático voy á trasladar al papel, en la misma forma que las escenas de comedias.

Así, pues, oigamos á los interlocutores. Ellos hablarán con mayor sinceridad que yo mismo.

ESCENA UNICA

EL OJO, EL DIENTE, EL CABELLO

EL OJO.—Mientras María pretende descansar de las fatigas del baile, y sueña ¡infeliz! con su primer desengaño inesperado, digamos sus penas... ¡ay! y las nuestras. ¡Pobre María!

EL DIENTE.—¡Pobrecilla!

EL CABELLO.—¡Pobre!

EL OJO.—María es una de las primeras bellezas de Madrid... ¡donde hay tantas! Los hombres la rinden culto, las mujeres envidian sus atractivos; fuerza es reconocer en ella una de las favoritas de la moda y uno de los prodigios más célebres de su generación.

EL DIENTE.—¿De qué generación?

EL OJO.—¡Silencio! Vedla como se agita.

EL CABELLO.—Ha hecho un movimiento y ha lanzado un suspiro. ¡Sufre! Sufirá desde hoy constantemente, y yo sé por qué.

EL DIENTE.—Y yo.

EL OJO.—Y yo.

EL CABELLO.—Desde hoy observará que en los jarrones de su tocador no lucirán aquellos preciosos *bouquets* que una mano furtiva depositaba, dando que reír al marido, á quien le era tan fácil creer que los compraba la cocinera.

EL DIENTE.—Desde hoy observará que sus amigos, en lugar de venir á verla en los días de trabajo para los empleados públicos, vendrán en domingo, si temor ninguno de hallar al marido en casa.

EL OJO.—Desde hoy observará que los *muchachos*, en lugar de ser galantes, sólo serán cortesés.

EL DIENTE.—Y yo tengo la culpa.

EL OJO.—No; sino yo.

EL CABELLO.—¡Oh, no! ¡La culpa es mía!

EL OJO.—Es que yo... enrojecí.

EL DIENTE.—¡Yo estoy amarillo!

EL CABELLO.—¡Ay! Y yo... blanco.

EL OJO.—¡Soll! ¡Lucero! ¡Brillante! Todo esto era yo ayer. ¡Cuántos versos me han hecho! ¡Cuántas flores me han dicho! Yo, deslumbraba; yo, fascinaba; yo, enloquecía. Un ángel, según opinión de un poeta, venía á cerrar mis pupilas por la noche; un ángel venía á entreabrir las por la mañana.

EL DIENTE.—¡Perla! ¡Marfil! ¡Nácar! Todo esto me han llamado, á mí, á mí solo, y éramos treinta y dos iguales. ¡Qué no habrán dicho de todos nosotros juntos!

EL CABELLO.—Lluvia de oro era yo, según los aduladores, de esta señora mía; seda finísima, diadema esplendorosa, ya cabellera, ya bucle, ya rizo.

EL OJO.—Pero ahora... ya he oído decir ¡oh insolencia! que tengo la pata de gallo.

EL DIENTE.—Yo tiemblo, á mi pesar, de que me sustituyan con otro nuevo.

EL CABELLO.—Yo estoy embadurnado, desfigurado, teñido. ¡Qué asco! ¡Cambié de sexo en la caída; fui cabello, y soy cana; me han asociado á pelos advenedizos, de persona muerta, sin duda! Reniego, amén, de mis convecinos *apócrifos*.

EL OJO.—Reniego yo de la horquilla candente

con que me alargan todas las noches antes de ir al teatro.

EL DIENTE.—Reniego de Makean, de Thomas y del agua de Pierre.

EL OJO.—Estoy humillado. ¡Ya sé cómo se llora!

EL DIENTE.—Estoy picado. ¡*Picado* de veras!

EL CABELLO.—¡Quitadme esas aguas, esos menjurjes, esos corrosivos! ¡Antes que ver declinar así mi vida miserable, yo hubiera preferido formar parte de aquel mechón que María regaló al capitán que partió para Cuba! ¡Ahora estaría yo encerrado en un medallón de oro, viviría al calor de un corazón amante, recibiría sus apasionadísimos besos... Pero aquí... aquí... me arrancarán de un tirón una noche y me barrerán una mañana.

EL OJO.—Mi porvenir es mirar al cielo.

EL DIENTE.—¡Presiento el *cautchouc*, veo la llave inglesa!

EL OJO.—¡Hablad, hombres, hablad, ¿Estáis satisfechos? ¡Ayer os arrojábais á los pies de María, sufríais sus desdenes, padecíais de celos, moríais de sed... Nosotros fuimos sus cómplices, pero hoy somos vuestros vengadores!

EL CABELLO.—Venid, mujeres; ¿no la envidiábais? ¿No os irritaba su belleza siempre igual, siempre grande? Venid aquí, á la soledad del dormitorio, y contempladme *casi solo* en la despoblada cabeza.

EL DIENTE.—La exdiosa se agita. Va á despertarse.

EL CABELLO.—Ha pensado tanto esta noche, que mi raíz se seca.

EL OJO.—Lloró tanto al volver, que estoy desfigurado.

EL DIENTE.—Me ha rechinado, nos está rechinando, y esto me *resiente*. Vedla, se despierta; ¡cuán otra!

EL OJO.—Yo me apago. ¡Adiós, María! Mañana te llamarán doña Mariquita.

EL DIENTE.—Yo tiemblo. ¡Adiós, infeliz! Mañana te ayudaré á morder el pañuelo.

EL CABELLO.—Yo me caigo. ¡Adiós, ex-belleza! Mañana... serás abuela.



JUNTA DE ANDALUCÍA

Patrimonio Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EL ÚLTIMO BESO

Á LA DUQUESA DE HÍJAR

I

Si fuera posible novelar la historia de Italia de los siglos xv, xvi y xvii publicando todo lo que hay de dramático y misterioso en sus anales, más de un lector sensible y más de cuatro lectoras nerviosas soltarían la novela de las manos, horrorizados ante el cúmulo de horrores que podría ofrecer el autor á la curiosidad de los amantes de lo trágico.

Difícil es amenizar la revelación de escenas sangrientas y de aventuras escandalosas. ¿Lograré yo distraer un rato la atención de usted con una relación interesante?

Interesante la llamo, sin temor de parecer vanidoso; es un hecho que llaman en Venecia *histórico*, á pesar de que no lo he visto comprobado en ninguna historia general ni parcial, códice antiguo ni documento inédito. Dos ó tres

autores franceses lo han acomodado á su idioma, contándolo cada cual á su manera. Yo lo he *modernizado*, si se me permite la frase.

Allá va, pues, carísima amiga y léalo usted con benevolencia, aunque me diga luego que *si non è vero, è ben trovato*.

II

Hace algunos años, recorríamos la Italia varios amigos. De vuelta de Oriente, desembarcamos en Brindisi, y dicho se está que para ir á Francia teníamos que visitar el *bel paese* de cabo á rabo. Nos proponíamos ver todas sus poblaciones importantes y llevábamos cartas de recomendación para algunas familias principales de Turín y de Roma...

La duquesa de*** nos había recibido en su casa con la amabilidad que le reconocen aun aquellas personas que nunca le han dirigido la palabra.

Una noche, mientras *son monde* tomaba el té, me quedé solo con ella, al amor del fuego.

La duquesa *había sido* muy hermosa. A la sazón estaba enferma, y nuestra conversación se limitaba á contarme el sin número de aguas minerales que había tomado por orden de los

médicos más famosos, y á decirle yo que hay ciertas enfermedades para las cuales el médico no sirve de nada.

En esto estábamos, cuando un tremendo golpe de tos de la duquesa interrumpió nuestro diálogo, y yo sentí una emoción desagradable al ver que el pañuelo que mi ilustre amiga se había llevado á la boca para contener la tos, estaba manchado de sangre.

Me levanté para tirar del cordón de la campanilla, y la duquesa, sonriendo, me dijo que me sentara.

—Como sois extranjero, me dijo, y como me conocéis hace poco tiempo, ignoráis que estos sucesos son breves, y desconocéis su origen. Os voy á contar una historia que saben de memoria mis compatriotas.

Limpióse la sangre que aún conservaba en los labios, arrojó su pañuelo sobre un velador y comenzó de esta manera:

III

—Hace veinte años, amigo mío, tenía yo dieciocho, y me casaron con el excelente marido, cuya muerte nunca lloré bastante.

Creeréis, al oír esto, que mi marido era el que yo había deseado. No.

El duque me doblaba la edad; su fealdad es famosa en Italia; pero en cambio tenía mucho talento.

Mi padre me casó con él contra mi voluntad, y á pesar de esto, mi marido logró á los cuatro meses de ser dueño de mí, que yo le amara como si me hubiera casado con él arrastrada por una pasión honda y vehemente.

Tenía el alma tan hermosa, que la fealdad de su rostro fué desapareciendo ante mis ojos, y al cabo de un año me parecía el hombre más hermoso del mundo. ¡Tan cierto es que se ama con el corazón, y no con los ojos!

Á poco tiempo de habernos casado, el duque me llevó á recorrer la Europa; pero yo deseaba ante todo conocer mi país, porque nunca había salido de Roma.

Fuimos, pues, á Turín, á Milán, á Nápoles, á Florencia, á Venecia...

En Venecia resolvimos pasar el invierno. Con tal objeto alquilamos un palacio á orillas del gran canal y próximo á San Marcos.

Nuestros salones fueron bien pronto punto de reunión de la sociedad más escogida, y los nombres más ilustres figuraban en las tarjetas que constantemente recibíamos.

Entre nuestros nuevos amigos había uno que nos visitó poco al principio, y con demasiada

frecuencia luego. Bien pronto su aparente amistad se hizo sospechosa á mis ojos.

Era un noble veneciano, descendiente nada menos que de Mariano Faliero, joven, hermoso, rico, galante, célebre por sus aventuras; no tengo que decir más para que adivinéis que aquel hombre entraba en mi casa con el propósito decidido de hacerme la corte.

Comprendilo así, y procuré desde el primer momento encerrarme en una reserva profunda. Dí orden á los criados para que no se le recibiese nunca, so pretexto de que estábamos ausentes ó enfermos; pero estas negativas no podían repetirse, porque mi marido, á quien no quise enterar de mis temores, le invitó para el primer gran baile que dimos, y luego para una comida, y después para un té; en una palabra, era fuerza tratar á aquel hombre, ó provocar un duelo. El escándalo me aterraba, y el escándalo era inevitable si yo pronunciaba una palabra. Si todo marido es celoso, ¿cómo no había de serlo el mío, que, á pesar de mi conducta intachable tenía tantos espejos en su casa?

El asedio del veneciano aumentaba; mi resistencia era tenaz, pero aquéllo debía tener un término; hubo momentos en que tuve miedo de mí misma, y tomé una resolución inquebrantable.

Con el dominio que mi voluntad ejercía en la del duque, le exigí que saliéramos de Venecia *inmediatamente*.

—¿Inmediatamente? dijo mi marido; y por qué?

—No lo sé, es un capricho; una ridiculez quizá... He soñado que esta semana nos ha de suceder algo grave en Venecia, y bien sabes que mis agüeros...

Mi marido se echó á reir, pero era esclavo de mis caprichos, y dió las órdenes oportunas para que nuestra partida se verificase en el término de cuarenta y ocho horas.

Al mismo tiempo que el duque daba esta orden, entró en el salón el hombre de cuya persecución quería yo huir á todo trance.

Mi marido le saludó con afabilidad, y salió á disponer nuestro viaje. Quedéme sola con él, y entonces mi osado pretendiente, con la rapidez del rayo, se acercó á mí y me cogió la mano.

No pude impedir que me la besara, y... perdonadle á una pobre vieja esta confesión... sentí un vértigo, retiré bruscamente la mano á tiempo que mi marido volvía al salón con una gorra de viaje en la mano.

En aquel momento mi corazón, que había estado dormido tanto tiempo, volvió de su letargo... ¡y el duque me pareció más horroroso que nunca!

Pero su presencia fué mi salvación: la voluntad y el deber vencieron á la pasión naciente, y aquella brevísima tempestad que promovió la audacia del enamorado veneciano, disipóla en

un segundo la voz de la honra, como disipa el sol, con un solo rayo, las negras nubes que fueron principio y fin de la tormenta.

—¿Qué es eso? dijo viendo al duque con la gorra escocesa en la mano. ¿Váis de viaje?

—Nos vamos pasado mañana, respondió mi marido.

El veneciano me miró.

—Sí, le dije yo entonces. Nos vamos para no volver más; y le volví la espalda.

IV

Aquella noche recibí una carta de mi galán. La devolví sin abrirla.

A la mañana siguiente un criado me anunció su visita.

—Decid á ese caballero, exclamé iracunda, que no queremos verle.

El duque, que me oyó pronunciar estas palabras, dijo:

—¿Y porqué?

—Porque ese hombre, le respondí, me repugna.

—En efecto, exclamó mi marido, dicen que es un libertino, que ha promovido mil disgustos, que ha envenenado á dos ó tres mujeres, y que

abusa de la influencia que ejerce en los tribunales con su fortuna... Pero serán hablillas sin duda, porque es muy galán y debe tener muchos envidiosos.

Y tocándome nuevamente en el hombro:

—Señora duquesa, me dijo cariñosamente, eso no ha estado bien, y yo voy ahora á despedirme de ese caballero, y á disculparte del recado que acabas de dar á Bautista. ¿O prefieres que pasemos por groseros?

—No, contesté.

Mi marido salió tarareando una canción italiana.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

V

¡Si supiérais cuanto me pesó aquel relámpago de amor que sentí hacia mi galante caballero!

Todavía resonaba en mí oído la canción que mi excelente esposo iba tarareando por el pasillo; y al verle tan contento, tan satisfecho de la felicidad que yo le proporcionaba, me avergoncé de haberme dejado facisnar un momento por la atractiva mirada de aquel calavera de oficio.

El duque era tan bondadoso, tan amable, tan digno de ser amado...

Pasaron dos horas, durante las cuales activé

los preparativos del viaje, dispuse nuestras tarjetas de despedida, escribí algunas cartas, y cuando me preparaba á hojear una guía de Italia para estudiar el itinerario de nuestro viaje, apareció en el umbral de la puerta del salón mi marido, pálido, mortalmente pálido, horriblemente desencajado, dió un paso adelante, vaciló y cayó sobre la alfombra. Rebotó su cabeza en el suelo, me arrojé sobre él para ayudarle á levantarse. ¡Me muerol dijo; y cogiendo con convulsas manos mi cabeza, acercó mis labios á los suyos, y depósito en ellos su alma con un apretadísimo y prolongado beso.

Dos segundos después el duque era un cadáver.

No os puedo describir el dolor que se apoderó de mi alma. Cuando tuve tiempo para pensar, comprendí que mi marido había sido envenenado. Así lo hice saber á las autoridades de Venecia, las cuales, mejor informadas que yo, pudieron enterarme, á las cinco de aquella misma tarde, de todos los pormenores de tan horrendo crimen.

El noble veneciano, á cuyo amor nunca quise corresponder, había recibido la visita del duque y le había envenenado como á tantas otras víctimas de sus iras ó de sus celos, invitándole á fumar una pipa cuya boquilla estaba impregnaba del veneno con que aquel miserable había hecho desaparecer en otras ocasiones á rivales

temibles. Esta vez el envenenador había seguido á la víctima, y mi galán se había suicidado, anunciándome en una carta su adiós á la vida, que sin mí no quería. Esta carta, hallada por el magistrado en casa del suicida, me fué entregada aquella misma tarde.

Volví á Francia desolada. Desde entonces una enfermedad sin nombre acaba mi vida lentamente. La ciencia ha sido estéril para combatir mi mal, originado, según confesión de los médicos más famosos, por algún residuo del veneno que el duque me transmitió en sus labios al depositar en los míos aquel *ultimo beso*, cuya impresión creo aún sentir en este momento.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

FIN DESDICHADO (1)

A MEDIADOS del mes de Octubre de 1866 recibí una carta de un amigo emigrado en París, á consecuencia de la sublevación número X*** que hubo en España el 3 de Enero de aquel mismo año. Era mi amigo, íntimo del general Prim: la retirada de éste á Portugal alejó á aquel de Madrid, donde tenía su familia, compuesta de su mujer, joven, virtuosa y bella, y dos encantadores niños, á quienes no se podía mirar sin sentir deseo de besarles una y mil veces.

El emigrado vivía en la mayor estrechez en la capital de Francia. Seguro estaba, sin em-

(1) Este trabajo, que han reproducido casi todos los periódicos españoles, y vió la luz por vez primera (con diferente título) en *La Ilustración Española y Americana*. Al incluirlo ahora en este libro, cumple al autor dar público testimonio de gratitud á los periodistas, sus compañeros, que tan bondadosos han sido con este pobre trabajo.

bargo, y yo lo estaba también, de que el que á la sazón era capitán, había de entrar en Madrid al lado del general Prim, triunfante, y había de ser hasta general, así que cambiara la faz de las cosas; pero entre tanto, la necesidad apretaba; las comunicaciones entre mi amigo y su mujer eran difíciles, si no imposibles, y el capitán no sabía una palabra de su mujer ni de sus dos generalitos.

Él, liberal, activo, noble é incapaz de humillarse por nada ni por nadie, vivía en París pidiendo dos ó tres francos á todo el que hablaba idioma que él entendía, y el Gobierno español de entonces, severo defensor del orden y de la propiedad y salvaguardia de la población pacífica, le abría todas las cartas que dirigía á su mujer, se enteraba de ellas, las rompía y quemaba, y hasta se quedó con quince duros que el emigrado pudo reunir, sabe Dios cómo, y enviar en una letra, que desapareció sin saber por dónde.

En este estado las cosas, si hay cosas en un país tan bien organizado, me escribió mi amigo una carta parecida á esos gimnastas del circo ecuestre, que á la vista del espectador se quitan treinta chalecos diferentes. Para que el Gobierno no se quedara con la carta, mi amigo la encerró en siete ú ocho sobres, siendo el último de abajo dirigido á mi nombre, y los demás á distintas personas no sospechosas para los em-

pleados de correos. De este modo pudo llegar la carta á mis manos después de haber visitado siete ú ocho casas, de donde la sacaban en seguida como si trajera la peste.

He aquí la carta, copiada al pie de la letra:

«Querido amigo mío: No sé si ésta llegará á tus manos, porque todas las que escribo se quedan en poder del Gobierno (aquí había lo que hay en toda carta de patriota expatriado, dicitérios, interjecciones y todo género de apóstrofe).

»Te escribo para rogarte me hagas el favor de pasar por la calle de Lope de Vega, número que no me acuerdo, donde vive ó vivía hace dos meses mi mujer, de la cual hace ya tres que no tengo noticia alguna, y en nombre de nuestra antigua amistad te pido favorezcas y ayudes á ella y á mis hijos como sea posible, si tu situación es mejor que la mía, que no puede ser peor ni tener parecido. También me atrevo á suplicarte...» (Y aquí había una porción de encargos y recomendaciones, cuya revelación al lector sería por mi parte imprudente).

Aprovechando, pues, la obscuridad de aquella misma noche, y temeroso de pecar de conspirador, me dirigí á la calle de Lope de Vega en busca de la casa donde pudiera habitar la mujer de mi amigo, y después de dar señas de la persona en diez ó doce porterías, dí con la casa, que era de pobre aspecto.

Abierto estaba el portal y á obscuras la escalera, y subiéndolas á tientas y manoteando hacia adelante, llegué hasta la puerta del que supuse sería cuarto principal, y que estaba entornada.

Dí dos temerosos golpes con los nudillos de los dedos en la puerta, salió á abrir un muchacho demacradísimo y pobremente vestido, que me preguntó á quién buscaba. Detrás de él vino una mujer de aspecto ordinario, con un pañuelo en la cabeza, andando de puntillas y hablando en voz baja. Repitió la pregunta misma del muchacho, y dije yo entonces el objeto de mi visita, en tanto que llegaba un segundo muchacho más alto que el primero, y con cara de haber llorado.

Grande fué el asombro de la mujer aquella, y no menor su llanto al oirme, y con palabras muy toscas, pero muy conmovedoras, me dijo que no me podía figurar á qué mal tiempo llegaba. Cogióme enseguida por la mano, y haciéndome andar un largo pasillo, al final del cual había una puerta por debajo de la cual se veía mucha luz, me llevó hasta ella, y abriéndola señaló hacia adentro sollozando y diciendo:—¡Ahí tiene usted á mi pobre señorita de mi alma!

En medio del cuarto había una mesa cubierta con una colcha de flores, y sobre ella un féretro de percal sin galones ni adornos, pregonando la terrible tiranía del oro, que aun á los muertos

priva de galas cuando son pobres. Dentro de aquella tosca caja estaba, como se suele decir, de cuerpo presente, la mujer de mi amigo, y cuatro velas amarillas que chisporroteaban de una manera terrible, le daban escasa luz, arrojando un humo denso negro.

Ya no pude resistir á la pesadumbre, y al ver llorar á la portera y á los dos niños, antes tan hermosos, tan limpios y tan elegantemente vestidos, y ahora hambrientos, demacrados, sucios, rotos y medio desnudos, rompí yo á llorar también, rindiéndome á la pena como si aquella familia fuera la mía. Y me acordaba de haber visto aquella mujer joven, hermosa y elegante, apoyada en el brazo de su marido un año antes, y á los niños alegres, correteando delante del joven matrimonio, que se miraba en ellos; y yo no tenía valor para escribirle al emigrado lo que había pasado en su casa, y me aterraba la idea de que aquella joven, llena de vida y de hermosura y de virtudes, había muerto, según confesión de los vecinos, de pena y de hambre; y mientras me alejaba de allí con el corazón desgarrado y la imaginación llena de sombras, pensaba, recorriendo las calles sin dirección fija y como loco:—Pero, señor, ¿vale la pena de llegar á coronel, ni á brigadier, ni á general, ni á ministro, ni á Rey del mundo, después de ver esto?

EL QUINTO

Tan pronto se veían, por un efecto de óptica ó de locomoción, anular el espacio en sus dos modos de tiempo y de distancia, de los que el uno es intelectual y el otro físico.

(HIST. INTEL. DE LUIS LAMBERT.)

A MI QUERIDO AMIGO ALBERTO MARCHAND
DE LA RIBELLERIE

Tours, 1836.

 EN una tarde del mes de Noviembre de 1793, las personas más principales de Caréntán estaban reunidas en el salón de madame Dey, en cuya casa se juntaba la *asamblea* diariamente. Algunas circunstancias que no hubieran llamado la atención en una ciudad, pero que habían de preocupar vivamente á una población pequeña, prestaban á esta reunión diaria especial interés. Dos días antes Mad. Dey había cerrado las puertas á sus tertulianos, y aun se excusó de recibirlos al siguiente, pretextando una indisposición. En circunstancias nor-

males, estos dos acontecimientos no hubieran producido en Carentán mayor efecto que el que en París produce la clausura de todos sus teatros. En tales días, la existencia está allí en cierto modo incompleta. Pero en 1793, la conducta de Mad. Dey podía tener los más funestos resultados; pues el menor paso aventurado era en aquella época, con raras excepciones, una cuestión de vida ó muerte para los nobles. A fin de que se comprenda bien la viva curiosidad y la desconfianza que animaba los rostros normandos de aquellos personajes, y sobre todo, para hacerse partícipe de los temores de Madame Dey, es necesario explicar el papel que ésta representaba en Carentán y la posición crítica en que ocupaba aquellos momentos, igual, quizá, á la de gran número de personas durante la revolución: las simpatías que aquélla despertará en más de un lector acabarán de dar colorido á este relato.

Madame Dey, viuda de un teniente general, caballero de las Órdenes, abandonó la corte á principio de la emigración. Poseedora de cuantiosos bienes en los alrededores de Carentán, fué á refugiarse en este punto, confiada en que la influencia del Terror se dejaría sentir allí muy poco. Este cálculo, fundado en el conocimiento que tenía del país, era verdadero, pues la revolución causó pocos estragos en la Baja Normandía. Sin embargo de que Mad. Dey, cuando

tiempos atrás fué á visitar sus posesiones, sólo vió á las familias nobles del país, juzgó político abrir su casa á los principales vecinos de la ciudad y á las nuevas autoridades, esforzándose por conseguir que se envanecieran con su conquista, sin despertar en ellos la envidia ni los celos. Graciosa y buena, dotada de esa indecible dulzura que sabe agradar, sin recurrir á la humillación ni á la súplica, logró atraerse á la estimación general, con un tacto exquisito, cuya sabia enseñanza le permitía mantenerse en un justo límite, desde el cual podía satisfacer las exigencias de aquella sociedad heterogénea, sin humillar el amor propio de los advenedizos ni herir el de sus antiguos amigos.

Contaba treinta y ocho años próximamente, y aún conservaba, si no aquella belleza franca y robusta que distingue á las hijas de la Baja Normandía, sí una hermosura fría, y, por decirlo así, aristocrática. Sus facciones eran finas y bien trazadas, y su talle flexible y delicado. Cuando hablaba, su pálido rostro parecía iluminarse. Sus ojos negros y rasgados, estaban llenos de dulzura; pero la expresión tranquila y religiosa que brillaba en ellos, parecía indicar que el movil de su existencia no estaba en ella; casada en la flor de su edad con un militar viejo y celoso, se colocó en una falsa posición en medio de aquella corte galante, que contribuyó mucho, sin duda, á extender un velo de pro-

fundada melancolía sobre su rostro, en el que los encantos y la vivacidad del amor habían debido brillar en otro tiempo. Obligada á reprimir sin cesar los impulsos naturales del alma y las emociones que la mujer siente en tales casos, cuando en ella no tolera aún la reflexión, los sentimientos apasionados permanecían vírgenes en el fondo de su corazón. Así es que su principal atractivo consistía en aquella cordialidad juvenil que á cada paso descubría su rostro, y que daba á sus ideas una inocente expresión de deseo; á primera vista inspiraba respeto, si bien se pintaba siempre en su apostura y en su voz el vuelo de su imaginación hacia un porvenir desconocido; muy pronto el hombre más insensible se sentía capaz de amarla, conservando, no obstante, una especie de temor respetuoso, inspirado en lo cortés de sus maneras, que imponían. Su alma, grande de nacimiento, y aun más fortificada por luchas crueles, revelaba hallarse muy por cima del vulgo y de los hombres, haciéndoles justicia. Aquella alma necesitaba una pasión elevada; por esto las afecciones de Mad. Dey se habían concentrado en un solo sentimiento, el de la maternidad; así, pues, la dicha y los placeres de que había estado privada su vida, los encontró en el extremado amor que profesaba á su hijo, á quien no amaba tan sólo con el puro y profundo arrobamiento de una madre, sino con la coquetería de una

amante y los celos de una esposa. Era desgraciada cuando se encontraba lejos de él; estaba inquieta durante su ausencia, no se cansaba de mirarle, ni vivía más que por él y para él. Para hacer comprender á los hombres la intensidad de este sentimiento, bastará añadir que este hijo era, no solamente el único que tenía madame Dey, sino también su único pariente, el solo sér en quien cifraba los temores, las esperanzas y los goces de su vida. El difunto conde de Dey fué el último vástago de su familia, como ella había sido la única heredera de la suya; por esto los cálculos y los intereses humanos se habían unido á las más nobles necesidades del alma, para exaltar en el corazón de la condesa un sentimiento de suyo grande en las mujeres. Había educado á su hijo á costa de amarguras sin número, que le hicieron aún más querido; veinte veces los médicos le vaticinaron su pérdida; pero confiada en sus presentimientos y esperanzas, tuvo el inexplicable goce de verle salvar felizmente los peligros de la infancia, y de admirar su progresiva complexión, á despecho de los pronósticos facultativos.

Gracias á sus constantes cuidados, aquel hijo creció, desarrollándose con tal donaire, que á los veinte años se le tenía por uno de los mejores mozos de Versalles. En fin, por una fortuna que no corona los esfuerzos de todas las madres, el hijo adoraba en ella; las dos almas se comuni-

caban por fraternales simpatías, y si antes no les hubiera unido el voto de la naturaleza habrían experimentado el uno por el otro esa amistad de dos hombres que rara vez se encuentran en la vida. Nombrado subteniente de dragones á los diez y ocho años, el joven conde obedeció á lo que era punto de honor en aquella época, siguiendo á los príncipes en su emigración.

A Mad. Dey, noble, rica y madre de un emigrado, no se ocultaban los peligros de su cruel situación; mas sin otro propósito que el de conservar á su hijo una gran fortuna, renunció al placer de acompañarle; y al leer las rígidas leyes en virtud de las que la República confiscaba todos los bienes á los emigrados en Carentán, se felicitó por aquel acto de heroísmo. ¿No guardaba los tesoros de su hijo con peligro de su propia vida? Después, cuando tuvo conocimiento de las horribles ejecuciones decretadas por la Convención, se dormía tranquila al saber que su tesoro estaba en salvo, lejos de los peligros y del cadalso, y por ello se regocijaba en la creencia de que había adoptado el mejor partido para salvar á un tiempo todos sus tesoros. Haciendo con este ignorado pensamiento todas las concesiones exigidas por la mala época, sin comprometer su dignidad de mujer ni de sus creencias aristocráticas, ocultaba sus dolores en un frío misterio. Comprendía las dificultades que la esperaban en Carentán; porque ir allá y ocupar el

primer lugar, ¿no equivalía á desafiar al cadalso todos los días? No obstante, animada por el heroísmo de una madre, supo conquistar el afecto de los pobres, aliviando indistintamente todas las miserias, y se hizo necesaria á los ricos, desvelándose por complacerlos. Recibía al procurador de la *Commune*, al corregidor, al presidente del distrito, al acusador público y hasta á los jueces del tribunal revolucionario. De estos personajes, los cuatro primeros, que no estaban casados, la cortejaban con la esperanza de llamarla su esposa, ya intimidándola con los males que podían causarla, ya ofreciéndola su protección; el acusador público, procurador que había sido de Caen, y encargado en otro tiempo de los intereses de la condesa, trataba de que ésta le amase, observando una conducta llena de sacrificios y generosidad: ¡finura peligrosa! Este era el más temible de los pretendientes; pues siendo el único que conocía á fondo el estado de la cuantiosa fortuna de su antigua cliente, su pasión había de acrecentarse con todos los deseos de una avaricia que se fundaba en un poder inmenso, cual era el derecho de vida y muerte en el distrito. Este hombre, joven aun, observaba un proceder tan noble, que Mad. Dey no había podido juzgarle todavía, por lo cual, despreciando el peligro que la ofrecía el luchar hábilmente con los normandos, empleó el genio inventivo y la astucia que la naturaleza ha con-

cedido á las mujeres para oponer unas rivalidades á las otras; y así, ganando tiempo, confiaba en llegar sana y salva al fin de las revueltas, pues en aquella época los realistas del interior veían cada día que al siguiente terminaría la Revolución; convicción que perdió á muchos de ellos.

A pesar de estos obstáculos, la condesa mantuvo con bastante habilidad su independencia hasta el día en que, por una imprudencia inexplicable, determinó cerrar sus puertas. Inspiraba un interés tan profundo y verdadero, que las personas que fueron á su casa aquella tarde, experimentaron viva inquietud al saber que la condesa no podía recibir las. Después, con aquella curiosidad franca, propia de las costumbres provincianas, se preguntaban acerca de la desgracia, el disgusto ó la enfermedad que debía afligir á Mad. Dey. A estas preguntas una criada anciana llamada Brígida, contestó que su ama estaba enferma, y que no quería ver á nadie, ni aun á las gentes de su casa. La existencia hasta cierto punto claustral que llevan los habitantes de una ciudad pequeña, crea en ellos un hábito de analizar y explicar los actos de los demás; tan invencible por naturaleza, que después de haberse condolido de Mad. Dey, sin saber si era dichosa ó desgraciada, cada cual se dedicó á investigar las causas de su repentino retraimiento.

—Si ella estuviera mala, dijo un curioso, habría enviado por el médico, y éste ha pasado todo el día en mi casa jugando al ajedrez. Me ha dicho, sonriendo, que por la presente no hay más que un enfermo, y ese es incurable.

La chanza era oportuna. Mujeres, hombres, viejos y jóvenes se aventuraron luego por el vasto campo de las conjeturas, creyendo cada cual aventurar un secreto, el cual preocupaba todos los ánimos. Al día siguiente las sospechas adquirieron un carácter malicioso. Como la vida en un pueblo es igual de un día para otro, las mujeres supieron las primeras que Brígida había hecho en el mercado más provisiones que de costumbre, de lo cual no cabía duda, pues se la vió muy de mañana en la plaza, y ¡cosa extraordinaria! había comprado la única liebre que había en ella. Todo el mundo sabía que á madame Dey no le gustaban las liebres, por lo que este animal vino á ser el punto de partida para un sin número de conjeturas. Los ancianos, al dar su acostumbrado paseo, observaron en casa de la condesa cierta actividad secreta, que se revelaba por las mismas precauciones con que los criados trataban de ocultarlas. El ayuda de cámara sacudía una alfombra en el jardín; el día antes nadie hubiera reparado en ello; pero en aquella ocasión, aquella alfombra venía á ser un argumento en apoyo de las fabulosas conje-

turas que todo el mundo se forjaba. Cada cual hacía la suya. El segundo día, al saberse que Mad. Dey decía que se hallaba indispueta, las personas principales de Carentán se reunieron por la tarde en casa del hermano del corregidor, antiguo comerciante, hombre casado y probo, por todos estimado, y á quien la condesa guardaba muchas consideraciones. En aquella reunión, todos los pretendientes á la mano de la opulenta viuda idearon una fábula más ó menos verosímil que poder referir, creyendo cada cual que redundarían en provecho propio las secretas circunstancias que la obligaban á comprometerse de aquel modo. El acusador público forjó todo un drama para pintar la llegada en medio de la noche, del hijo de Mad. Dey á su casa. El corregidor creía que un sacerdote injuramentado, llegado de la Vendée, la habría pedido asilo; pero la compra de la liebre en vienes le ponía en grandes confusiones. El presidente del distrito tenía el firme convencimiento de que el refugiado era un jefe de chuanes ó vendeanos activamente perseguido. Otros querían que fuese un noble escapado de las prisiones de París, y, por último, todos suponían á la condesa culpable de uno de esos rasgos de generosidad calificados de crímenes por las leyes de entonces, y que podían conducirla al cadalso. El acusador público manifestó entonces en voz baja que era preciso guardar silencio, y ver de

salvar á la desgraciada del abismo hacia el cual caminaba á grandes pasos.

—Si propaláis el suceso, añadió, me veré obligado á intervenir, haciendo indagaciones en su casa, y entonces...

No terminó la frase; pero todos comprendieron lo que significaba esta reticencia.

Los amigos verdaderos de la condesa se alarmaron de tal suerte, que á la mañana siguiente el procurador síndico de la *Commune* hizo que su mujer la escribiera una carta aconsejándola que recibiera aquella tarde, como de costumbre. Más atrevido el antiguo comerciante, se presentó muy de mañana en casa de Mad. Dey, y animado por el servicio que iba á prestarla, pidió que le condujeran á su presencia. Su admiración llegó al extremo al verla en el jardín ocupada en cortar las últimas flores del acirate, para adornar con ellas sus floreros.

—Sin duda tiene aquí escondido á su amante, pensó el anciano movido por un sentimiento de compasión hacia aquella mujer encantadora; viniendo á confirmar sus sospechas, la singular expresión del rostro de la condesa. Vivamente impresionado con este sacrificio, tan natural en las mujeres, pero que siempre nos conmueve, porque á todos los hombres lisonjean los sacrificios que la mujer hace por uno, el comerciante enteró á la condesa de los rumores que circulaban por el pueblo, y del peligro que la amena-

zaba.—Porque, la dijo al concluir, si entre los funcionarios de Carentán hay alguno decidido á perdonar á usted un acto de heroísmo hecho en favor de un ministro del Señor, ninguno se condolerá de usted si llega á descubrir que usted se inmola á los intereses del corazón.

Al oír estas palabras, Mad. Dey miró al anciano con un ademán de extravío y apasionamiento que le hizo temblar, á él, viejo ya.

—Sígame usted, le dijo, tomándole de la mano para conducirle hasta su cuarto; y allí, después que ella se cercioró de que estaban solos, sacando del pecho una carta sucia y arrugada:— Lea usted, exclamó, haciendo un esfuerzo violento para pronunciar esta palabra; y se dejó caer en un sillón, cual si las fuerzas la abandonaran.

Mientras que el viejo comerciante buscaba sus gafas y las limpiaba, la condesa fijó en él la vista, y después de contemplarle con curiosidad, por la primera vez, con voz descompuesta:—Fío en vos, le dijo dulcemente.

—¿No he venido para ser cómplice de vuestro crimen? respondió aquel buen hombre con naturalidad.

Estas palabras la conmovieron, y, por primera vez desde que habitaba en aquel pueblo, su alma simpatizó con otra. El antiguo comerciante se explicó en seguida el abatimiento y la alegría de la condesa.

Su hijo, que había formado parte de la expedición de Granville, escribía á su madre desde su prisión, dándola una triste y dulce esperanza. No dudando de los medios con que contaba para evadirse, la fijaba tres días, durante los cuales se presentaría en su casa disfrazado. Aquella carta fatal contenía un conmovedor adiós, para el caso de no hallarse en Carentán al anochecer del tercer día, y rogaba á su madre que diera una suma considerable al emisario encargado de llevarla aquel aviso á través de innumerables peligros. El papel se agitaba en manos del anciano.

—Y he aquí el tercer día, exclamó Mad. Dey, levantándose con precipitación y dando paseos por el cuarto, después que hubo recobrado la carta.

—Ha cometido usted algunas imprudencias, respondió el comerciante. ¿A qué hacer provisiones?

—Puede llegar muerto de hambre, extenuado de fatiga... No terminó la frase.

—Confío en mi hermano; respondió el anciano; voy á interesarle en favor de usted.

El comerciante recobró en aquella ocasión el buen tacto que había usado en otro tiempo para sus negocios, y la dió consejos muy sabios y prudentes. Después que ambos convinieron en todo lo que debían decir y hacer, el anciano se dirigió, bajo pretextos muy hábilmente discu-

rridos, á las principales casas de Carentán, y en ellas anunció que Mad. Dey, á quien acababa de ver, recibiría aquella misma tarde, á pesar de su indisposición. Contrarrestando hábilmente la perspicacia de los normandos en el interrogatorio á que le sometió cada familia sobre la naturaleza del mal de la condesa, logró responder á casi todas las personas que se ocupaban del aquel misterioso asunto. Su primera visita fué admirable: en ella refirió, delante de una vieja gotosa, que Mad. Dey había creído morir de un ataque de gota; que el famoso Frouchin la había recomendado en otra ocasión, y en ataque semejante, que se pusiera al pecho la piel de una liebre degollada viva, y que permaneciera en la cama sin hacer el menor movimiento, y que la condesa, en peligro de muerte dos días antes, se encontraba, después de haber observado puntualmente la sabia prescripción de Frouchin, bastante restablecida para recibir á los que fueren á verla aquella tarde. Esta invención tuvo un éxito prodigioso; y el médico de Carentán, realista *in pectore*, aumentó el efecto por la importancia con que analizó el específico. No obstante, las sospechas habían echado hondas raíces en el ánimo de los testarudos filósofos para que se disiparan por completo; así es que aquella tarde los que visitaban á Mad. Dey acudieron con presteza y muy temprano á su casa, unos para espiar en su sem-

blante, otros por amistad, y los más atraídos por lo maravilloso de la curación. Se encontraron con la condesa sentada en el rincón que formaba la gran chimenea de su salón, casi tan modestamente alhajado como los demás de Carentán, pues para no herir la susceptibilidad de sus huéspedes, se había privado del lujo á que en otro tiempo estaba acostumbrada, y no había renovado nada de su casa. Ni aun el piso de la sala de recibo se había limpiado. Dejó sobre las paredes los antiguos y oscuros tapices; conservaba los muebles del país, se alumbraba con vela de sebo y observaba las costumbres de la ciudad, identificándose con la vida provincial, sin retroceder ante las cosas más pequeñas y duraderas, ni ante las privaciones más desagradables. Pero como le constaba que sus tertulianos habían de perdonarla las fastuosidades que les reportaran bienestar, no omitía cosa alguna cuando se trataba de procurar á aquellos goces personales; así es que les obsequiaba con excelentes comidas. Llegaba hasta fingir avaricia, para halagar á aquellos espíritus calculadores; y, después de haber tenido habilidad para obligarles á que la hicieran concesiones respecto al lujo, se sometía á ellas con agrado. Antes de las siete de la tarde, lo menos malo de la sociedad de Carentán se encontraba en su casa, describiendo un gran círculo delante de la chimenea. La dueña de la casa, alentada en

su desgracia por las miradas que le dirigía el viejo comerciante, se sometió con un valor heroico al minucioso interrogatorio y á los razonamientos frívolos y estúpidos de sus tertulianos. Pero cada vez que el aldabón golpeaba en la puerta ó sonaban pasos en la calle, tenía que ocultar sus emociones, dirigiendo preguntas de interés referentes á la riqueza del país. De este modo promovió brillantes discusiones sobre la calidad de las sidras, viéndose tan admirablemente secundada por su confidente, que la reunión se olvidó casi por completo de espiarla, encontrando naturalidad en su semblante y su serenidad imperturbable. El acusador público y uno de los jueces del Tribunal revolucionario estaban taciturnos, observando con atención los menores movimientos de la fisonomía de la condesa, atentos á cuanto se oía en la casa, á pesar del bullicio, y con interrupciones repetidas la dirigían preguntas embarazosas, á las que la condesa contestaba, sin embargo, con una presencia de ánimo admirable. ¡Las madres tienen tanto valor! Tan pronto como Mad. Dey logró organizar las partidas, instaló á todos en las mesas de bostón, de revesín ó de whist, quedándose á dar conversación á la gente joven con un estudio extremado, representando su papel cual una actriz consumada, hasta que consiguió que la pidieran un juego de lotería, que sólo ella, dijo, sabía dónde estaba, y desapareció.

—¡Yo me ahogo, pobre Brígida! exclamó enjugando las lágrimas que brotaban de sus ojos, en los que brillaba la fiebre, el dolor y la impaciencia.

—No viene, continuó, recorriendo con la vista la habitación á donde había subido. Aquí respiro y vivo. Algunos momentos más, y estará aquí tal vez, ¡porque vive todavía, estoy segura! Mi corazón me lo dice. ¿No oyes nada, Brígida? ¡Oh! Daría el resto de mi vida por saber si está preso ó caminando por medio del campo! Quisiera no pensar.

Examinó de nuevo si todo estaba en orden en la habitación. En la chimenea había buen fuego; los postigos de la ventana estaban cerrados herméticamente; los muebles relucían de puro limpios; la manera de estar hecha la cama probaba que la condesa se había ocupado con Brígida hasta de los menores detalles, y sus esperanzas se revelaban en el esmero que parecía haberse usado en aquel cuarto, donde se respiraba la grata dulzura del amor, y sus más castas caricias en el perfume que exhalaban las flores. Sólo una madre era capaz de haber previsto los deseos de un soldado y de prepararle satisfacciones tan completas. Una colección delicada de vinos escogidos, el calzado, la ropa blanca, en fin, todo cuanto podía ser necesario agradable á un viajero cansado, estaba reunido para que nada le faltara, para que los goces de

su casa le revelaran el amor de una madre.

—¡Brígida! dijo la condesa con voz anhelante, fijando su mirada delante de la mesa, como para dar realidad á sus deseos, como para dar fuerza á sus ilusiones.

—¡Ah, señora! vendrá. No está lejos. No dudo que viene, y que viene de camino, replicó Brígida. He puesto una llave en la Biblia, y la he tenido sobre mis dedos mientras que Cottin leía el Evangelio de San Juan... y, señora, la llave no ha girado.

—¿Estás bien segura? preguntó la condesa.

—¡Oh! señora, es cosa probada. Apostaría mi salvación á que viene todavía. Dios no puede engañarse.

—A pesar del peligro que aquí le aguarda, deseo verle.

—¡Pobre señorito Augusto! exclamó Brígida; sin duda irá á pie por esos caminos.

—¡Están dando las ocho en el reloj! gritó la condesa con terror.

Tuvo miedo de permanecer por más tiempo del debido en aquel cuarto donde ella se cercioraba de que su hijo vivía, viendo todo aquello que atestiguaba su existencia, y bajó al salón; pero antes de entrar en él, permaneció durante algunos instantes bajo el peristilo de la escalera, escuchando si se percibía algún ruido que despertara los silenciosos ecos de la ciudad, y dirigió una sonrisa al marido de Brígida, que es-

taba de centinela, y cuyos ojos parecían hallarse entorpecidos á fuerza de prestar atención al murmullo de la plaza y de la noche. Aquella mujer veía á su hijo en todo y por todo. Entró en seguida, afectando un semblante algo placentero, y se puso á jugar á la lotería con las muchachas; pero de cuando en cuando se lamentaba de que sufría, hasta que fué á ocupar su sillón cerca de la chimenea.

Tal era la situación de las cosas y de los ánimos en casa de Mad. Dey, mientras que, por el camino de París á Cherbourg, un muchacho vestido con una *carmañola* obscura, traje de rigor en aquella época, se dirigía á Carentán. Al principio de las quintas, había poca ó ninguna disciplina; las exigencias del momento no permitían á la República equipar sobre la marcha á sus soldados, y no era extraño ver cubiertos los caminos de quintos que conservaban sus trajes de paisano. Estos muchachos llegaban antes que sus batallones al pueblo de alojamiento, ó quedaban rezagados, pues su marcha dependía del modo como ellos soportaban las fatigas de una jornada. El caminante de que se trata, llevaba bastante ventaja á la columna de quintos que se dirigían á Cherbourg, y á la que el corregidor de Carentán aguardaba de hora en hora, á fin de repartirles las boletas de alojamiento. Aquel joven caminaba con paso lento, pero firme todavía, y su modo de andar parecía

indicar que hacía ya tiempo estaba familiarizado con las fatigas de la vida militar. Aunque la luna alumbraba las dehesas próximas á Carentán, había observado que algunas nubes gruesas y blancas, amenazaban una nevada, y el temor de verse sorprendido por el temporal aceleraba sin duda su marcha, entonces más rápida de lo que le permitía su cansancio. Llevaba á su espalda un saco casi vacío, y en la mano una caña de boj cortada de los altos y anchos vallados que este arbusto forma alrededor de la mayor parte de las heredades de la baja Normandía. Aquel viajero solitario entró en Carentán, cuyas torres, caprichosamente bordadas por la luna, aparecieron á su vista momentos antes. Su paso despertaba los ecos de las calles silenciosas, en las que no encontró á nadie, teniendo que preguntar por la casa del corregidor á un tejedor que trabajaba todavía. Dicho magistrado vivía á corta distancia, por lo que el quinto llegó muy pronto á su puerta, y se sentó en un banco de piedra, aguardando la boleta de alojamiento que había pedido. Pero llamado por aquel funcionario, compareció á su presencia, siendo objeto de un examen escrupuloso. El soldado era un muchacho de buen semblante, que hacía sospechar pertenecía á una familia distinguida. Su aspecto revelaba nobleza, y la inteligencia debida á una educación esmerada se descubría en su figura.

—¿Cómo te llamas? le preguntó el corregidor, dirigiéndole una mirada llena de amabilidad.

—Julián Gussien, respondió el quinto.

—¿Y vienes?... dijo el magistrado dejando escapar una sonrisa de incredulidad.

—De París.

—Tus camaradas deben estar lejos, replicó el normando con un tono burlón.

—Traigo tres leguas de ventaja sobre el batallón.

—Sin duda algún movil te trae á Carentán; ¿cuál es, ciudadano quinto? dijo el corregidor con amable semblante. Está bien, añadió imponiendo silencio con la mano al muchacho que se disponía á hablar; sabemos donde te hemos de enviar. Toma, añadió dándole su boleta de alojamiento: ¡anda, *ciudadano Gussien!*

Un tinte de ironía se marcó en el acento con que el magistrado pronunció estas dos últimas palabras, extendiendo una boleta en la que estaba escrita la casa de Mad. Dey. El muchacho leyó la dirección con señales de curiosidad.

—¡Él sabe bien qué no hay mucho que andar, y tan pronto como salga, habrá atravesado la plaza! dijo el corregidor hablando consigo mismo, mientras el muchacho salía.

—¡Es atrevido! ¡Que Dios le guíe! Ha respondido á todo. Sí, pero si otro que no fuera yo, le hubiera pedido sus papeles para examinarlos, estaba perdido.

En aquel momento, los relojes de Carentán habían dado las nueve y media; se encendían los faroles en la antesala de madame Dey; los criados ayudaban á sus amas y á sus amos á ponerse sus capotillas, sus hopalandas y sus manteletas; los jugadores habían saldado sus cuentas é iban á retirarse todos juntos, según es costumbre en todas las poblaciones pequeñas.

— Parece que el acusador público se ha quedado, dijo una dama reparando que faltaba este importante personaje, cuando los unos se separaban de los otros en la plaza para tomar sus respectivos caminos, después de haber agotado todas las fórmulas de despedida.

En efecto, aquel terrible magistrado estaba sólo con la condesa, que esperaba temblando á que tuviese á bien marcharse.

— Ciudadana, dijo por fin, después de un prolongado silencio, que tenía algo de terrible; yo estoy aquí para hacer observar las leyes de la República.

Madame Dey se estremeció.

— ¡No tiene nada que revelarme? preguntó él.

— Nada, le respondió ella con asombro.

— ¡Ah! señora, exclamó el acusador sentándose á su lado y cambiando de tono; en este momento, por no pronunciar una palabra, usted ó yo podemos llevar nuestra cabeza al cadalso. Tengo bien estudiado vuestro carácter, vuestra alma, vuestras maneras, para participar del

error que ha hecho usted aceptar esta tarde á sus tertulianos. Usted espera á su hijo, no puedo dudarle.

La condesa dejó escapar una negativa; pero su rostro había palidecido, sus facciones estaban contraídas, por la fuerza de la necesidad en que se encontraba de aparentar una fingida entereza, y ninguno de sus movimientos se escapaba á la mirada implacable del acusador público.

—¡Y bien! recíbale usted, dijo el magistrado revolucionario; pero que no esté después de las siete de la mañana bajo el mismo techo que usted. Mañana á primera hora, provisto de una denuncia que me hará confeccionar, vendré á esta casa...

Ella le miró con un aire tan estúpido, que hubiera inspirado compasión á un tigre.

—Yo demostraré, continuó con voz dulce, la falsedad de la denuncia por minuciosas pesquisas, y usted quedará, por efecto de mis informes, al abrigo de ulteriores sospechas. Hablaré de los sentimientos patrióticos que adornan á usted, de su civismo, y estaremos salvados.

Madame Dey, temiendo una asechanza, permanecía inmóvil; pero tenía el rostro encendido y la lengua helada. Un aldabonazo resonó en la casa.

—¡Ah! gritó aquella madre aterrada, cayendo de rodillas: ¡sálvele usted, sálvele usted!

—Sí, ¡salvémosle! respondió el acusador público dirigiéndole una mirada apasionada; debemos sacrificar la vida.

—¡Estoy perdida! gritaba ella, en tanto que el acusador público la alzaba del suelo cortésmente.

—¡Eh! señora, la respondió en un arranque oratorio, no quiero merecer á usted por nada... sino por usted misma.

—Señora, le he visto... gritó Brígida que creía que su ama estaba sola.

En presencia del acusador público, la antigua criada, cuyo rostro estaba encendido y gozoso, se quedó inmóvil y amarilla.

—¿Qué es eso, Brígida? preguntó el magistrado con amable semblante, que revelaba conocer el suceso.

—Un quinto que el corregidor nos envía de alojado, respondió la criada enseñando la boleta.

—Es verdad, dijo el acusador después que leyó el papel. ¡Esta noche llega un batallón! Y se marchó.

La condesa tenía verdadera necesidad en aquellos momentos de creer en la sinceridad de su antiguo procurador para no experimentar la más pequeña duda. Subió rápidamente la escalera, pudiendo apenas sostenerse; abrió la puerta de su cuarto, miró á su hijo, y se precipitó en sus brazos desfallecida:

—¡Oh, hijo mío, hijo mío! gritaba sollozando y cubriéndole de besos impresos con una especie de frenesí.

—Señora, dijo el desconocido.

—¡Ah!... ¡No es él! gritó la condesa retrocediendo espantada, y quedó inmóvil delante del quinto, contemplándole con mirada esquiva.

—¡Oh, santo Dios, qué parecido! dijo Brígida.

Hubo algunos momentos de silencio. El extraño se sintió estremecer al contemplar el semblante de Mad. Dey.

—¡Ah! caballero, dijo ella, apoyándose en el marido de Brígida, y experimentando en aquellos momentos y en toda su extensión una pena cuyo primer golpe debió matarla; caballero, yo no podría sufrir la presencia de usted por más tiempo; confórmese usted con que mis criados me reemplacen y le atiendan.

Mad. Dey bajó á su cuarto, ayudada por Brígida y su antiguo servidor.

—¡Cómo, señora! exclamó aquella antigua criada colocando á su ama en un asiento: ¿ese hombre va á acostarse en la cama del señorito Augusto, á ponerse las zapatillas del señorito Augusto, á comer el pastel que yo he hecho para el señorito Augusto? Cuando merecía que me guillotinaran, yo...

—¡Brígida! dijo Mad. Dey.

Brígida no replicó.

—¡Cállate, bestia! le dijo su marido en voz baja: ¿quieres matar á la señora?

En aquel momento, se sintió el ruido que el quinto hacía al sentarse á la mesa.

—Yo no me quedo aquí, dijo Mad. Dey; me iré á la estufa, desde donde percibiré mejor cuanto acontezca fuera de casa durante la noche.

Aquella mujer luchaba todavía con el temor de haber perdido á su hijo y la esperanza de verle aparecer. La noche estuvo envuelta en un silencio horrible. Hubo para la condesa un momento espantoso, cuando el batallón de quintos entró en el pueblo, y cada cual se dirigió á su alojamiento. Esto despertaba en ella esperanzas engañosas á cada paso, á cada ruido; después la naturaleza recobró una calma espantosa. Al amanecer tuvo la condesa necesidad de entrar en la cama. Brígida, que observaba todos los movimientos de su ama, viendo que ésta no salía, entró en su cuarto y vió que la condesa estaba muerta.

—Quizá haya sentido al quinto, que acaba de vestirse, pasear por el cuarto del señorito Augusto cantando su endiablada *Marsellesa*, como si estuviera en una cuadra, y esto la habrá matado.

La muerte de la condesa fué ocasionada por un sentimiento más grave, y quizá por alguna visión terrible. A la misma hora en que Madame Dey fallecía en Carentán, su hijo era pasado

por las armas en el Morbihán. Podemos agregar este trágico suceso á todas las simpatías que desconocen las leyes del espacio; documentos reunidos con ilustrada curiosidad por algunos hombres asíduos, y que servirán algún día para sentar las bases de una ciencia nueva, á la que le ha faltado hasta el día un hombre de genio.

París, Febrero, 1831.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

DOS JUEVES SANTOS

I

HABÍA mesa de petitorio en San Ginés.

La condesa dió dos golpecitos con sus diminutas manos en la bandeja de plata que tenía delante, y Fernando, que entraba con su madre en el templo á rezar la estación, volvió la cara hacia donde sonaba el ruido.

—Ahí está nuestra vecina, dijo.

Y como si temiera que su respetable madre no le hubiera oído, repitió:

—Ahí está nuestra vecina la condesa, mamá, ¿Quiere usted que la deje cinco duros en la bandeja?

La señora de Villa-Rosa no contestó. Siguió andando en dirección al altar mayor, saltando hábilmente por entre los grupos de mujeres arrodilladas. Fernando tenía mucho respeto á su madre, y no quiso insistir. Siguió con ella.

iglesia adentro...; pero en aquel instante mismo, la condesa volvió á dar dos golpes con sus diminutas manos en la bandeja; y, ó fuera que á Fernando le diera vergüenza haber pasado de largo, fuera que tuviera sus pretensiones al enojo de la encantadora pedigüeña, ello es que se le figuró que estos dos segundos golpes fueron más fuertes que los primeros.

Los nervios son tan imperiosos en sus exigencias, que no es de extrañar que Fernando se detuviera y volviese á mirar hacia la mesa de petitorio.

Su madre no podía notar esto. Se había arrodillado y rezaba.

Fernando volvió pasos atrás, se dirigió resueltamente á la mesa y arrojó sobre la bandeja una moneda de cinco duros, que cayó con estrepito entre tantas otras. ¡Pobre muchacho! Para hacer esta limosna se puso tan colorado, que la condesa se hubiera echado á reír, á no estar en aquel momento más colorada que su vecino.

En el estado de confusión en que Fernando estaba, no pudo notar que había otra señora con la condesa.

Esta otra señora le dijo:

—Muchas gracias, pollo, muchísimas gracias. No esperábamos menos de un Villa-Rosa.

Fernando fué á contestar, sabe Dios qué, alguna tontería, porque no estaba para floreos en-

tonces. La señora lo sacó del aprieto con una nueva pregunta.

—¿Como está su madre de usted?

—Está bien, gracias, respondió Fernando... Y al mismo tiempo señaló hacia donde su madre se hallaba.

La condesa no levantaba los ojos de la bandeja de plata donde acababa de arrojar Fernando su flamante moneda.

—Es de ley, no temas, le dijo la señora comunicativa.

Y dirigiéndose á Fernando:

—¿Verdad, pollito, que la moneda es buena? le dijo.

Fernando sonrió por única respuesta. La condesa sonrió también, y levantó la cabeza, y miró á Fernando...

A pesar de que nunca es prudente asegurar la edad que puede tener una mujer, yo creo ser equitativo diciendo que la condesa no llegaba á los veinticinco años.

Era rubia, como lo son ya todas las madrileñas. La condesa lo había sido siempre. Había en su fisonomía una dulzura de las que llamaba mi buen amigo Florentino Sanz, *rafaelinas*.

Cuando sus ojos se fijaron en Fernando, sintió éste que se le agolpaba de nuevo la sangre al rostro; y para que no se le tache de corto de genio, declararé que acababa de cumplir veinticuatro años. Su madre, la señora de Villa-Rosa,

viuda de un mejicano millonario, no había permitido nunca á Fernando que se separase de ella. Un día que el muchacho le pidió permiso para ingresar en el *Veloz Club*, la madre tuvo un ataque nervioso que puso en peligro su vida. La condesa habitaba el cuarto principal de la casa en que vivía la señora de Villa-Rosa y su hijo. Esta casa era propiedad de la viuda de Villa-Rosa, que ocupaba el principal de al lado, y Fernando ¡oh; prosa de la vida! había bajado durante seis meses todos los días primeros á cobrar el alquiler del cuarto, importando cien duros, más cuarenta reales por la luz de la escalera. Como la casualidad es caprichosa, siempre que Fernando bajó á presentar el recibo firmado por su madre, tuvo la desgracia de ser recibido por la condesa, lo cual le produjo insomnios, dolores de estómago y aborrecimiento del álgebra de Cirodde y de la geometría analítica de Lefebourg de Courcy, libros de texto que debía estudiar para ser ingeniero. La viuda de Villa-Rosa había pensado varias veces en echar de la casa á la condesa su vecina, bajo el frívolo pretexto de que tenía un perro *lupetto* que ladraba de noche, y un piano que sonaba todo el día y unas ventanas al patio que caían frente á las del cuarto de Fernando, y qué sé yo cuantas inconveniencias por el estilo. Además, el cuarto de la condesa rentaba poco, y pudiera ser que otro inquilino pagara más; por otra par-

te, la condesa, según malas lenguas, había venido á menos y un inquilino que viene á menos...

Para todas estas razones tenía otras tantas Fernando, con las que quería probar á su madre que no había mejor vecina en la casa.—Es una viudita (decía Fernando), que no recibe gentes en su casa. Su conducta es ejemplar, y nadie murmura de ella. Vive sola con sus criados. Se pasa las horas muertas tocando *pianissimo* música de Haydn ó *zortzicos* provincianos, á que parece muy aficionada. Posible es que el conde su difunto no le haya dejado gran fortuna, pero mientras pague puntual...

Y así estaban las cosas cuando llegó el Viernes Santo, y sucedió lo que al principio hemos referido. La condesa y Fernando se saludaron en cuanto ella levantó la cabeza. La señora de Montes, que así se llamaba la que acompañaba á la condesa, había logrado, por fin, que los dos vecinos se hablaran.

—¿Cómo está usted, vecina? dijo Fernando, dando la mano á la condesita.

—¿Y usted? contestó ésta alargando su mano de niña...

Y en aquel momento llegó á la mesa un caballero alto, fornido, vestido de negro, con grandes cuellos derechos, patillas negras, cejas pobladísimas, cabellera espesa y embadurnada de pomada que trascendía, é interrumpiendo la conversación, dejó caer una onza en la bandeja.

y se retiró, no sin mirar antes fijamente á la condesa, y turbando el silencio del templo con el ruido de sus tacones.

La condesita no pudo ser indiferente á la presencia momentánea de aquel extraño personaje. Le siguió con la mirada. Fernando hizo lo mismo. La señora de Montes, dijo:

—¡Siempre el mismo!

—¿Quién es? preguntó la condesa.

—Es un señor Zalzeta, dijo Fernando; americano inmensamente rico, que se pasa la vida arrojando dinero sobre piedra.

—¿Y por qué sobre piedra? preguntó la de Montes inocentemente.

—Porque suene.

La condesa seguía mirando al americano estrepitoso, que se había parado en medio de la iglesia y miraba desde lejos á la mesa de petitorio, acariciándose con petulancia sus hermosas patillas negras. Fernando miraba á la condesa con extrañeza. La señora de Montes, como si no hiciera alto en aquella escena muda, comenzó á dar golpecitos con la mano en la bandeja de plata, excitando la caridad de los católicos. A todo esto, la señora de Villa-Rosa había concluido de rezar, se había levantado; y echando de ver que su hijo no estaba detrás de ella como suponía, le buscó con la vista y le vió de pie delante de la mesa adonde estaba sentada su vecina. En la imposibilidad de llamarle en voz alta, tu-

vo intenciones de ir á buscarle; pero esto le pareció escandaloso. Entonces miró á su alrededor, como si buscara una persona conocida. Se detuvieron sus miradas en el caballero americano que estaba mirando aún á la condesa, y acercándose á él, le dijo algunas palabras en voz baja.

El desconocido volvió á acercarse á la mesa de petitorio. La condesa bajó los ojos. La señora de Montes se hizo la distraída. El americano tocó suavemente en el hombro á Fernando, que estaba abstraído en la contemplación de la condesita, y le dijo en voz alta, que turbó el silencio del templo é hizo volver la cara á cuantas personas habia cerca de aquel sitio:

—Mocito, su mamá le llama.

Fernando se volvió colérico, avergonzado al oirse tratar como un niño por una persona para él desconocida, y á quien, sin saber por qué, habia tomado ya aversión decidida. Quiso contestar algo, pero vió á diez pasos la respetable figura de su madre que le hizo una seña imperativa para que volviera á su lado. Venció el respeto á la cólera. El pollo saludó lleno de confusión á la condesa y á su amiga, y fué á reunirse con la viuda de Villa-Rosa.

¡El americano se quedó parado junto á la mesa!

Esto sucedía el día de Jueves Santo del año pasado.

II

Será preciso que el lector sepa hasta dónde llegó el furor de la madre y las cosas que dijo. Seguro estoy de que el lector ha adivinado el sermón de Viernes Santo que la viuda de Villarosa predicó á su hijo único.

Pasaron quince días, durante los cuales la condesa no se asomó, como tenía por costumbre, á las ventanas fronterizas de las del malogrado ingeniero. El álgebra de Cirodde estaba llena de polvo. La geometría analítica era presa de profundo letargo. En el reloj de las estaciones acababa de sonar Abril. A los veinticuatro años, en Abril, con una vecina ideal y una imaginación mejicana, ¿cómo es posible que el hijo de una viuda millonaria pueda dormir sosegadamente? Fernando no durmió en aquellos quince días; cuando llegó el de cobrar la renta de la casa, le dijo á su madre:

—¿Quiere usted que pase á presentar el recibo á la condesa?

—No, respondió la opulenta mejicana con acento de ira. Este mes se ha encargado del cobro de mis rentas todas, el señor de Zalzeta.

Fernando se puso muy pálido, y se retiró á su cuarto. El Sr. de Zalzeta, aquel á quien hemos visto arrojar una onza sobre la mesa de pepito-

rio, era amigo antiguo de los Villa-Rosa. ¿Por qué se convertiría ahora en administrador de la viuda? Si hubiera sido un amigo íntimo á quien Fernando hubiera visto con frecuencia en la casa, el cargo de administrador en dicho caballero no le hubiera sorprendido. ¡Pero esta novedad era tan sorprendente!

Inquieto, desasosegado, calenturiento, Fernando se acostó y se arrebujó entre las sábanas renegando del dinero y de quien lo inventó, que debió ser algún pobre sin duda alguna. La oposición de la viuda de Villa-Rosa al enlace de su hijo con la vecina, no reconocía otra causa que la diferencia de fortuna. La viuda era condesa de Arezzo; pero todo el mundo sabía que este título se lo dió el Papa á su difunto esposo, en cambio de una suscripción verificada en España para las necesidades de la Santa Sede. Antes de ser conde, el difunto no tenía más renta que su sueldo en el Consejo de Estado...

Si Fernando, en lugar de desesperarse entre sábanas, hubiera aplicado el oído á la pared que separaba su cuarto del de la vecina, habría oído el siguiente diálogo, entre la condesita y su íntima amiga la de Montes, que acaban de llegar de la ópera.

—¿De quién será esta carta?

—No conozco la letra.

—Ni yo; pero puesto que es para tí, ábrela y leyéndola saldrás de la duda.